

*Amor y filosofía en el Cambridge de principios del siglo XX*¹

En octubre de 1911, Ludwig Wittgenstein llega al Trinity College para estudiar filosofía de las matemáticas con Bertrand Russell y, a partir de ese momento, comenzó a desarrollar una obra que llegaría a ser fundamental para la filosofía del siglo XX. En esos años iniciales, no sólo fue importante su relación con pensadores ingleses de la talla del propio Russell, Keynes y Moore, sino también la que tuvo con David Pinsent, un modesto estudiante de matemáticas que había ingresado un año antes con una beca y a quien la lectura de los *Principia mathematica* de Russell y Whitehead lo había hecho interesarse en la filosofía, convirtiéndose así en uno de los asiduos visitantes a las tertulias en las habitaciones de Russell, que es el lugar donde se da el encuentro entre ellos. La profundidad de esta amistad quedará plasmada en la decisión de Wittgenstein de dedicarle el *Tractatus Lógico-Philosophicus*, que concluye el mismo año de la muerte de Pinsent en un accidente aéreo.

Y si bien la espléndida biografía de Ray Monk ilustra ampliamente la

relación entre Wittgenstein y Pinsent, el libro de Justus Noll tiene varios méritos. Uno de ellos consiste en concentrarse exclusivamente en esta relación y las circunstancias en que se desarrolla, con el fin de permitirnos valorar la importancia de la presencia de Pinsent en la juventud de Wittgenstein, un espíritu afín a él porque fue, junto con Russell, de las pocas personas en quienes confió plenamente para compartir sus tormentos mentales en la resolución de problemas lógicos, así como personales. También es interesante observar que si en el ambiente cerrado de los intelectuales del Cambridge de principios del siglo XX, Wittgenstein tuvo la posibilidad de trabar amistad con miembros del grupo de Bloomsbury, como Keynes y Strachey, y ser aceptado en la sociedad de *los apóstoles*, a la que era un privilegio ser invitado, nunca gustó de estos grupos sectarios y prefirió la amistad de un estudiante sin pretensiones de genio como era Pinsent, con quien se sentía más próximo como ser humano.

Otro mérito de la obra es que en sus pocas páginas presenta un panorama bastante completo de la vida de los intelectuales ingleses y el tipo de relaciones que se establecieron entre ellos, describiendo con agudeza a los personajes más destacados del Trinity College. El estilo del texto recuerda en

¹ Reseña al libro de Justus Noll, *Ludwig Wittgenstein y David Pinsent*, traducción de Octavio di Leo, Barcelona, Muchnik Editores, 2001, 138 p.

momentos el filme de Derek Jarman en torno la vida de Wittgenstein, pues la formación del autor como estudioso de la musicología, la literatura eslava y las matemáticas, además de ser compositor y programador, le permiten escribir un texto que, además de interesante y bien documentado, tiene calidad estética.

Un aspecto que resulta insoslayable al tratar la relación con David Pinsent, se refiere a la homosexualidad de Wittgenstein, el cual Noll aborda de una manera inteligente, pues más que dedicarse a corroborar que sí hubo efectivamente una relación sexual entre ellos, se encamina a contextualizar la cuestión presentando la ideología que subyacía a la homosexualidad masculina en la época. Así, en el capítulo que abre el libro, titulado “Acercarse”, Noll presenta la homosexualidad masculina en Inglaterra como una rebelión en contra de los valores burgueses y victorianos, que convertía los amores platónicos entre muchachos como algo absolutamente normal y que era además alentado por los grandes pensadores de la época, como Keynes que mantuvo relaciones con Duncan y Strachey, y quien describía esa actitud como de rechazo absoluto “a los preceptos morales corrientes, las convenciones y la sabiduría tradicional. Es decir, que éramos, en el verdadero sentido de la palabra, inmoralistas” (p. 22). Para Noll,

esta era una postura típica de los hombres de clase media alta inglesa que

[...] habían sido educados en la creencia de que la mujer era un ser inferior desde el punto de vista espiritual y físico, y así, la “sodomía superior” como la llaman, les parece éticamente más valiosa bajo la advocación de Platón que una relación entre hombre y mujer (p. 22).

Dada esta situación, la relación entre Pinsent y Wittgenstein ajustaba perfectamente con las costumbres en boga. Sin embargo, también es importante no olvidar que Wittgenstein nunca consideró de buen gusto hablar abiertamente de este tipo de cuestiones; de hecho, su rechazo a psicoanalizarse tenía que ver sobre todo con que le parecía repugnante hablar de intimidades con un extraño. Por esa razón, Noll hace notar que si bien Wittgenstein compartía con los intelectuales ingleses su inclinación hacia los amores platónicos con hombres, no participaba de la idea de convertir esa cuestión en un ideal revolucionario. Sus ideas al respecto estaban determinadas por un sentimiento de culpabilidad que había marcado a su familia, sobre todo por la influencia de su madre, para quien el deber se había convertido en un ideal de perfección moral inalcanzable que llevó al suicidio

a tres de sus hermanos con inclinaciones homosexuales. También estaba el fantasma de Weininger, quien en *Sexo y carácter* había planteado que la condición de homosexual y judío era signo de debilidad moral, una conclusión que lo conduce a su propio suicidio. En pocas palabras, Wittgenstein era un judío vienés y no un inglés y, por tanto, la situación que pareciera ser normal en Inglaterra, para él tenía tintes trágicos. Eso explica el que sus anotaciones personales en el *Diario filosófico*, publicadas bajo el título de *Diarios secretos*, hayan sido descritas en clave y que la correspondencia entre él y Pinsent hayan hecho uso de lo que Noll llama un *argot privado*, prácticamente indescifrable que parece haberles servido para expresarse un afecto que prefieren mantener en secreto.

Por su parte, Pinsent parece haber compartido con Wittgenstein este sentido de la *decencia* que los llevaba a ocultar toda expresión abierta de su relación afectiva, pues el estilo de los diarios deja ver que existen *omisiones* (así las llama Noll) intencionales que muestran que había algo que ocultar.

El segundo capítulo, “Encontrarse”, abarca los años de 1912 y 1913, que fueron aquellos en que la amistad de los dos se consolidó, justo antes de la partida de Wittgenstein a su retiro en Noruega y, posteriormente, al frente de la guerra. A Noll le interesa en esta

parte mostrar los vínculos espirituales que los unieron profundamente, entre los que destaca su gusto por la música pues, dice Noll:

David Pinsent también adoraba a Bach, Beethoven, Schubert y Brahms. Toca bien el piano. Al igual que Ludwig no se pierde ningún concierto en Cambridge, y la primera mención que hace de Wittgenstein, cuyo nombre escribe erróneamente durante largo tiempo como “Vittgenstein”. Es el 4 de mayo de 1912. (p. 43).

Además de la música, también comparten el interés hacia la psicología. Desde 1912 asisten juntos a las clases de G. E. Moore de psicología filosófica y Pinsent participa como sujeto en los experimentos que Wittgenstein realizó en el Instituto de Psicología ese mismo año acerca de la percepción subjetiva del ritmo musical. Posteriormente, acompaña a Wittgenstein a hipnotizarse, con el fin de ver si puede resolver ciertos problemas lógicos bajo trance, lo cual no ocurre, pero ambos celebran la experiencia tan de moda en la época.

A partir de entonces, señala Noll, *David y Ludwig se hacen inseparables*, realizan largas caminatas juntos, excursiones en bicicleta, vagan con Russell por los jardines del Trinity, cabalgan, juegan tenis, leen los mismos libros y “David acompaña al piano a

Ludwig, que es capaz de silbar una docena de *lieder* de Schubert, lo cual pronto se convierte para ellos en el ‘modo habitual’ de tocar” (p. 43).

La primera impresión de Pinsent sobre el temperamento de Wittgenstein no es muy distinta a la que tenían todos los que lo conocieron y presenciaron sus ataques de ira en las discusiones; no obstante, a Pinsent le parece una persona agradable y divertida, como anota en sus diarios. Si bien esta diferencia de temperamentos será uno de los aspectos en que no son afines, Pinsent nunca dejó de mostrar una profunda comprensión hacia el difícil carácter de Wittgenstein, que se resume en una anotación que hizo en su diario, a propósito de los viajes que realizaron juntos y que dice él disfrutaron mucho *en la medida en que es posible entre dos personas que no tienen nada en común*.

En cuanto a estos viajes que realizaron juntos, uno a Islandia en el otoño de 1912 y otro a Noruega en la misma época, pero en 1913, éstos fueron motivo de largas discusiones sobre filosofía de las matemáticas y la lógica en las que Pinsent fungió en realidad como discípulo, pero que a Wittgenstein parecen haberle servido para poder desahogarse. Sin embargo, la angustia que Wittgenstein vive porque piensa que morirá antes de poder terminar su trabajo, hace que Pinsent lo considere como “una persona caótica. Cada vez

que le vienen esos ataques de melancolía hay que tratarle con guantes de seda y ser todo lo indulgente que se pueda” (p. 72). Y añade en otro lugar: “No puede hacerse nada en contra de sus miedos, puesto que está loco” (p. 77).

La breve pero intensa amistad entre Pinsent y Wittgenstein en estos dos años es truncada por la guerra, que los obliga a separarse en flancos enemigos. Es el año de 1914 y Noll dedica el capítulo “Perdese” a este lapso que se cierra en 1918, año en que Pinsent muere. Noll arranca esta parte poniendo el acento en el espíritu nacionalista que permeaba a los jóvenes y les infundía un aliento heroico de la vida que daba una salida a sus problemas existenciales y del cual participaron los dos amigos. El autor no deja pasar el encuentro frustrado entre Wittgenstein y Trakl en Cracovia, debido a la extraña muerte de un Krakl atormentado por los horrores de la guerra que contrasta con la visión inglesa del conflicto, más fría y distante. Su débil complexión física le impide a David que sea aceptado en el ejército, pero participa en la guerra como un matemático que colabora en investigaciones aerodinámicas para el desarrollo de los pequeños aviones de guerra de la época, cuya cabina diminuta hace que sea elegido como piloto de pruebas, pues su delicada figura lo hace apropiado para este trabajo. Mientras tanto, Wittgenstein vive tormentos

indecibles en el frente de Galitzia, pero esto no lo hace abandonar su trabajo en lógica que realiza a la par que lee los comentarios de Tolstoi a los evangelios. A pesar de que las posibilidades de morir eran más altas en las condiciones de Wittgenstein, será Pinsent quien muera en una de las pruebas aeronáuticas de alto riesgo el 8 de mayo de 1918 y de la cual Wittgenstein se entera en julio, durante una estancia en Viena en la que firma el prólogo del *Tractatus* y dedica el libro a la memoria de David Pinsent. Noll considera posible que una dedicatoria oculta estaría dada por el hecho de que el apellido de Pinsent tenga siete letras que correspondan a los siete aforismos principales del *Tractatus*.

El libro termina con un corto capítulo de cuatro páginas, “Alejarse”, en el que se muestran los profundos cambios que tendrán lugar en la vida del Wittgenstein post *Tractatus*, una de ellas la abierta relación amorosa con Francis Skinner y la confesión de su ascendencia judía que le hace a Fania Pascal.

Al terminar la lectura de este texto, uno tiene la sensación de haber comprendido mejor a un hombre y el escenario en que se desarrolló una vida que le da sentido a un pensamiento filosófico tan complejo y rico. El libro de Noll viene así a contribuir a la empresa de alcanzar una mejor comprensión de la vida filosófica de Wittgenstein.

Laura Hernández
Universidad Autónoma
Metropolitana-Iztapalapa